

EL ESCUDO DEL SALTO DE TORREJÓN

Embriagados de abrazos, besos y llenos de júbilo al tener tantos encuentros donde poder reír y llorar, recordando tiempos pasados y encontrándonos totalmente envalentonados, estábamos decididos a hacer algo sonado.

Podía ser un logotipo, un poema, una canción o un relato, no descartábamos nada porque nuestra euforia no tenía un minuto de descanso. Así que un buen día, a alguien se le ocurrió algo que parecía descabellado: un signo de identidad, un escudo heráldico. Sacando lo mejor de aquellos niños comenzamos a diseñarlo, fueron varios los escudos que concursaron, cada uno expresaba lo vivido en aquel lugar paradisíaco. Todo se hizo ante luz y taquígrafos, y también se hizo puntuación para valorarlos.

Sólo uno fue el que encandiló a todos porque era el que mejor transmitía el cariño y acumulaba todo el sentir que teníamos de aquellos años vividos, siendo niños en nuestro querido Salto.

Fue así como perpetuamos tanta belleza, tanto amor por un lugar tan hermoso. Donde aquella realidad con el pasar de los años, para unas mentes cándidas de aquellos niños (que todavía somos) se envolvió en una preciosa fantasía, en unos recuerdos dichosos del tiempo que pasamos en aquel lugar tan añorado.

El escudo debía reflejar la imagen que en nuestras mentes de niños teníamos de aquel lugar donde jugábamos y reíamos, pero también la dureza a la que cada día nuestros padres se debían de enfrentar.

LAS DOS PRESAS.

Los ríos Tiétar y Tajo bajan por su curso, unas veces tranquilos, otras bravíos, pero siempre caminando sin nada que los detenga hacia el océano que es su destino llevando sus aguas cristalinas llenando de arenales los recodos y formando remansos a lo largo de sus cauces.

Al pasar por La Tajadilla, antes de fusionarse, estos dos ríos pasan tan cerca el uno del otro, que parece que quieran saludarse, y eso se tenía que aprovechar. Los estudiosos de ingeniería sabían que aquel capricho de la naturaleza era el lugar para levantar dos presas hidráulicas que facilitaba las cosas en aquel lugar tan peculiar.

Y nosotros lo plasmamos en nuestro escudo porque era esencial. Allí transcurrieron varios años donde todo eran máquinas pesadas moviendo inmensas toneladas de tierra y piedras, y nuestros padres con sus manos crearon una obra de ingeniería sin igual.

Hoy, en bonitas fotos aéreas, se puede contemplar la obra terminada. Pero en aquella década de los sesenta era un terraguero de polvo provocado por las máquinas y también una acumulación de sangre, de sudor y de lágrimas derramadas por los obreros. Estos dejaron lo mejor de sí mismos siendo conscientes de que tenía fecha de caducidad y en su mayoría supieron aprovechar el tiempo aprendiendo oficios que le servirían de trampolín para abrirse camino en otro lugar.

EL ÁGUILA IMPERIAL.

Donde el Águila Imperial, majestuosa, se miraba entre el azul del cielo y los ríos Tiétar y Tajo con sus aguas cristalinas. No podía faltar en nuestro escudo esta ave valiente, signo de libertad. Así nos sentíamos aquellos niños Saltoreños jugando, riendo y corriendo en aquel lugar.

Siempre la divisábamos planeando en las alturas, con un vuelo calmado, firme y seguro, observándonos desde su pulpito. Presumiendo de su poderío, como si estuviera por encima del bien y del mal, sabiéndose a salvo de cualquier mortal.

LA FLOR DE LA JARA.

El Salto de Torrejón era un lugar rodeado de naturaleza, atiborrado de brezos, encinas y alcornocales. Y entre ellos resaltaba la flor más hermosa de aquellos parajes: la flor de La Jara, que se nos pegaba a la ropa ensuciándonos y después venía la regañina de nuestras madres.

La Jara, la predilecta en aquellas agrestes sierras, alegrando con su porte y su luz blanca y armoniosa, la falda de sus montes. Con sus lunares negros bajo aquel sol esplendoroso, le daba al paisaje el color que solo la Jara sabía darle, y parecía que estuviera vistiendo de faralaes a aquellas laderas y que estuviera bailando con el ritmo del viento meciéndote.

DON QUIJOTE Y SANCHO.

Sin duda, como buenos Cervantistas, no podían faltar en nuestro escudo estos dos personajes. No por obra y arte Don Miguel Cervantes Saavedra, sino más bien de Don Miguel Molina Cabrera, nuestro maestro nacional, que nos enseñó a querer a ese loco, errante y aventurero caballero, y a su leal escudero Sancho. Ambos se adentraban en la manera cotidiana de ver la vida, como no era más sabio ni más inteligente el aguerrido caballero y guerrero soñador, que su sencillo, realista y cabal escudero, siendo tan necesarios para cualquier Cervantino, pues al estudiar el comportamiento de ambos podemos darnos cuenta de que nuestra existencia es una aventura de la que tenemos que aprender de los dos por igual.



JOSE MANUEL SANCHEZ BARROSO

Ganador del concurso de diseño del escudo del Salto de Torrejón.
Los niños del Salto de Torrejón agradecidos.

17 de diciembre 2012.